

tes recuerdos, dulces y melancólicos, breves alegrías de amor que en otro tiempo la había dado su marido. A cada momento la estremecía este brusco despertar de su memoria, y le volvía á ver tal cual había sido en el día de sus desposorios, y tal cual le había amado en sus únicas horas de pasión, pasadas bajo el ardiente sol de Córcega. Todos los defectos disminuían, borrábanse todas las durezas; las mismas infidelidades se atenuaban ahora en la creciente lejanía de la tumba. Y Juana, dominada por una especie de vaga gratitud póstuma hacia aquel hombre que la había tenido en sus brazos, perdonaba los sufrimientos pasados para no pensar más que en los momentos felices. Más tarde, el tiempo caminando sin cesar, los meses cayendo sobre los meses, cubrieron con el velo del olvido, semejante á polvo acumulado, todas sus reminiscencias y todos sus dolores, y se consagró completamente á su hijo.

Este llegó á ser el ídolo, el pensamiento único de los tres seres reunidos á su alrededor y sobre los cuales reinaba como un déspota. Algo así como celos estalló en los tres esclavos que tenía. Juana se ponía nerviosa al ver

XI

Tres meses pasó sin salir de su cuarto, tan pálida y tan débil, que cuantos la veían juzgaban próxima su muerte. Papaíto y tía Lison se habían instalado en los *Pueblos* y no se separaban de ella. De la sacudida violenta que sufrió habíala quedado una especie de enfermedad nerviosa; el menor ruido la hacía estremecer, y caía en largos síncope, provocados por las causas más insignificantes.

Nunca había pedido detalles sobre la muerte de Julián. ¿Qué la importaban? ¿Acaso no sabía lo bastante? Todos la achacaban á un accidente; pero ella no se engañaba, y guardaba en su corazón aquel torcedor secreto: el conocimiento del adulterio y la visión de aquella terrible visita del conde el día de la catástrofe.

A la sazón sentía invadida su alma por tris-

los largos besos que el pequeñuelo daba al barón, después que éste le tenía á caballo en una de sus rodillas. Y tía Lison, desdeñada por él como por todos lo había sido siempre, tratada á veces como una criada por este amo que no hablaba todavía, se iba á llorar á su cuarto, comparando las insignificantes caricias mendigadas por ella y apenas obtenidas, con los abrazos que guardaba para su madre y su abuelo.

Dos años tranquilos, sin ningún acontecimiento, pasaron en la preocupación incesante del niño. Al empezar el tercer invierno se decidió que irían á vivir en Rouen hasta la primavera, y toda la familia emigró. Pero al llegar á la vieja casa, abandonada y húmeda, Pablo fué atacado de una bronquitis tan grave, que llegó á pensarse en una pleuresía, y los tres parientes, unánimes, con la cabeza trastornada, declararon que no podía pasarse sin el aire de los *Pueblos*. Y allí se trasladaron desde el momento en que los médicos le dieron el alta.

Entonces empezó una serie de años dulces y monótonos.

Siempre juntos y alrededor del niño, ya en

su cuarto, ya en el gran salón, ya en el jardín, extasiándose en sus vagidos, en sus expresiones chistosas, en sus muecas.

Su madre le llamaba mimosamente Pablito, el chico no podía articular esa palabra, y pronunciaba *Pollito*, lo cual provocaba en todos risas inacabables. Quedóle el mote de Pollito, y no se le designaba de otro modo.

Como crecía muy rápidamente, una de las ocupaciones más apasionadas de los tres parientes, á quienes el barón llamaba «sus tres madres,» era medirle.

Habíase marcado sobre el quicio de la puerta del salón una serie de rayas hechas con un cortaplumas, y que indicaba por meses los progresos de su crecimiento. Aquella escala, bautizada con el nombre de «la escala de Pollito,» ocupaba un lugar considerable en la existencia de todos.

Luego un nuevo individuo vino á representar un papel importante en la familia: el perro *Matanza*, descuidado por Juana, que ahora sólo se ocupaba en su hijo. Alimentado por Ludivina, y metido en un tonel viejo delante de la cuadra, vivía solitario, atado siempre.

Vió Pablo una mañana, y empezó á gritar para que le dejasen ir á darle un beso. Con infinitas precauciones le llevaron. El perro hizo muchas fiestas al niño, que berreó cuando le separaron de él. Desde aquel día soltaron á *Matanza*, que se instaló en la casa, convirtiéndose en el inseparable de Pablo, el amigo de todos los instantes. Juntos rodaban por el suelo y dormían sobre la alfombra. A poco, *Matanza* dormía en el mismo lecho de su camarada, que no consentía en separarse de él. Pensando en las pulgas, Juana se desconsolaba á menudo, y tía Lisón aborrecía al perro porque tomaba un lugar tan grande en el afecto del niño, afecto que ella hubiera deseado tanto.

Habían cambiado raras visitas con los Briseville y los Coutelier. Sólo el médico y el alcalde interrumpían regularmente la soledad del viejo castillo. Desde la muerte de la perra y las sospechas que el sacerdote la había inspirado respecto á la muerte horrible de la condesa y de Julián, Juana no iba á la iglesia, irritada con un Dios que podía tener tales ministros.

De cuando en cuando el padre Tolbiac anatematizaba con directas alusiones el castillo habi-

tado por el Espíritu del Mal, el Espíritu de la Eterna Rebelión, el Espíritu de Error y de Mentira, el Espíritu de Iniquidad, el Espíritu de Corrupción y de Impureza. Así designaba al barón.

Por lo demás, su iglesia estaba desierta, y cuando pasaba á lo largo de los campos en que los labradores empujaban su arado, los aldeanos no se detenían para hablarle ni se volvían para saludarle. Pasaba por brujo, porque había sacado los demonios á una mujer poseída del mal espíritu. Decían que conocía palabras misteriosas para alejar los maleficios que, según él, no eran más que una especie de farsa de Satanás. Imponía las manos á las vacas que daban leche azul ó que llevaban hecha un círculo la cola, y hacía que pareciesen los objetos perdidos sólo con decir unas cuantas palabras desconocidas.

Su espíritu, estrecho y fanático, se entregaba apasionadamente al estudio de los libros religiosos que contenían la historia de las apariciones del diablo sobre la tierra, las diversas manifestaciones de su poder, sus influencias ocultas y variadas, todos los recursos que tenía

y los resultados ordinarios de sus astucias. Y como se creía particularmente escogido para combatir á esta Potencia misteriosa y fatal, había aprendido todas las fórmulas de exorcismos indicadas en los Manuales eclesiásticos. Incesantemente creía sentir que en la sombra rondaba el Espíritu Maligno, y á cada momento venía á sus labios la frase latina: *Sicut leo rugiens circuit quærens quem devoret.*

Esparcíose entonces un gran miedo, un gran terror hacia su fuerza oculta. Sus mismos colegas, ignorantes de aldea, para quienes Belcebú es artículo de fe, y que, turbados por las prescripciones minuciosas del Ritual para casos de manifestación de esta potencia del mal, llegaban á confundir la religión con la magia, consideraban al padre Tolbiac como algo brujo; y le respetaban, tanto por el poder oscuro que suponían en él, como por la austeridad inatacable de su vida.

Cuando encontraba á Juana, no la saludaba.

Esta situación inquietaba y desolaba á tía Lison, que en su alma medrosa de solterona no comprendía que no se fuera á la iglesia. La pobre era, sin duda, piadosa; sin duda también

confesaba y comulgaba, pero nadie lo sabía, ni trataba de averiguarlo.

Cuando estaba sola, completamente sola con Pablo, hablábale en voz baja de Dios. El niño apenas la escuchaba cuando la oía contar las historias milagrosas de los primeros tiempos del mundo; pero cuando le decía que tenía que querer mucho, mucho, al buen Dios, solía preguntarla:

—¿Dónde está, tía?

Ella entonces le señalaba el cielo.

—Allí arriba, Pollito; pero no tienes que decirlo.

Tenía miedo al barón.

Pero un día Pollito la contestó:

—Dios está en todas partes, menos en la iglesia.

Había hablado á su abuelo de las misteriosas revelaciones de su tía.

El niño contaba ya diez años; su madre parecía tener cuarenta. Era fuerte, travieso, atrevido para trepar á los árboles, pero no sabía mucho. Las lecciones le aburrían y las daba de mano en seguida. Y cada vez que el barón le detenía un poco ante un libro, Juana llegaba al momento, y decía:

—Déjale jugar ahora. No hay que cansarle.
¡Es tan pequeñol

Y es que para ella tenía siempre seis meses ó un año. Apenas si se daba cuenta de que andaba, corría, hablaba como un hombrecito, y vivía en un temor constante de que se cayese, de que tuviera frío, de que no se sofocase al correr, de que no comiera mucho para su estómago ó poco para su crecimiento.

Al cumplir trece años surgió una grave dificultad: la primera comunión.

Una mañana fué tía Lison á ver á su sobrina, y la indicó que no se podía dejar pasar más tiempo sin que se le diera al niño instrucción religiosa para que cumpliera sus primeros deberes. Argumentó de mil maneras, invocando mil razones, y, más que nada, la opinión de las personas que les visitaban. La madre, turbada, indecisa, vacilaba, afirmando que aún era pronto. Pero un mes más tarde, visitando á la vizcondesa de Briseville, preguntóle ésta como una cosa natural:

—¿Este año hará su primera comunión vuestro Pablo, eh?

Y Juana, cogida de sorpresa, contestó:

—Sí, señora.

Esta simple palabra la decidió, y, sin decir nada, encargó á tía Lison que llevase el niño á la doctrina.

Durante un mes todo marchó bien; pero una tarde volvió Pollito algo ronco de la iglesia, y al día siguiente empezó á toser. La madre, desesperada, le interrogó, y supo que el cura le había echado de la iglesia porque estaba enredando, teniéndole hasta el fin de la lección en una corriente de aire.

Retúvole, pues, en su casa, y ella misma le enseñó ese alfabeto de la religión. Pero á pesar de los ruegos de tía Lison, el padre Tolbiac se negó á admitirle entre los que comulgaron, aduciendo que no estaba bien instruído.

Lo mismo sucedió al año siguiente. Entonces el barón, desesperado, juró que el niño no necesitaba creer en esa niñería, en ese símbolo pueril de la transustanciación para ser un hombre honrado, y quedó decidido que se le educaría como cristiano, pero no como católico que practicase, y que al llegar á su mayor edad quedaría en perfecta libertad de ser lo que quisiera. Algún tiempo después Juana fué á visitar á

los Briseville, y éstos no le pagaron la visita; esto le extrañó, tanto más, cuanto que conocía la meticulosa cortesía de sus vecinos; pero la marquesa de Coutelier la reveló con altívez el motivo de su abstención.

Considerándose, por la situación de su marido, su título muy auténtico y su fortuna considerable, como una especie de reina de la nobleza normanda, la marquesa se conducía como tal, hablaba libremente, mostrábase graciosa ó severa, según los casos, amonestaba, reñía, felicitaba á propósito de todo. Una vez que fué Juana á verla, la alta señora, después de algunas frases secas, la dijo con frialdad:

—La sociedad se divide en dos clases: los que creen en Dios y los que no creen en Él. Los unos, aun los más humildes, son amigos nuestros; los otros no son nada para nosotros.

Juana, comprendiendo la indirecta, contestó:

—Pero ¿no se puede creer en Dios sin frecuentar las iglesias?

La marquesa contestó:

—No, señora; los fieles van á rezar á Dios en su iglesia, como se va á buscar á las personas en su casa.

Resentida Juana, añadió:

—Dios está en todas partes, señora. En cuanto á mí, que creo desde el fondo del corazón en su bondad, no le siento presente cuando algunos sacerdotes se ponen entre Él y yo.

La marquesa se levantó:

—El sacerdote lleva el estandarte de la Iglesia, señora; el que no sigue ese estandarte está contra él y contra nosotros.

Juana, trémula, habíase levantado á su vez:

—Vos, señora, creéis en el Dios de un partido; yo creo en el Dios de las personas honradas.

Saludó, y salió.

Los aldeanos también la censuraban entre sí porque Pollito no había hecho su primera comunión. Ellos no iban á misa, ni se acercaban á comulgar, ó no comulgaban sino en Pascuas, según las prescripciones formales de la Iglesia; pero tratándose de los chicos, ya es otra cosa; y el que más y el que menos hubiera retrocedido ante la audacia de criar un hijo fuera de su ley común, porque la religión es la religión.

Pronto advirtió la censura de que era objeto, y en el fondo de su alma se indignó contra to-

dos estos convencionalismos, estos arreglos de conciencia, este miedo universal que sienten todos, esta gran cobardía asentada en el fondo de todos los corazones, y disfrazada, cuando se ofrece á la vista, con máscaras tan respetables.

El barón tomó á su cargo dirigir los estudios de Pablo, y empezó por el latín. La madre no le hacía más que una recomendación:—Sobre todo, que no se canse.—Y rondaba, inquieta, cerca del cuarto en que le tomaba la lección, cuya entrada la había prohibido papaáto, porque á cada paso les interrumpía para preguntarle:

—¿Tienes fríos los pies, Pollito?—O bien:—¿Te duele la cabeza?—Y otras veces se dirigía al barón:—No le hagas hablar tanto, que va á enfermar de la garganta...

En cuanto el niño estaba libre, bajaba al jardín con su madre y su tía. A la sazón cultivaba la tierra, y los tres plantaban árboles nuevos en la primavera, sembraban granos, cuyo nacimiento y brote les apasionaban, cortaban ramas, cogían flores para hacer ramos.

El primer cuidado del joven era recoger en salada; dirigía cuatro grandes cuadros del huer-

to en que criaba con gran empeño lechugas, achicorias, pimientos, todas las especies conocidas de estas hortalizas; regaba, cavaba, podaba, ayudado por sus dos madres, á quienes hacía trabajar como si las pagase para ello. Veía-sele durante horas enteras, de rodillas en las platabandas, estropeándose los vestidos y las manos, ocupadas en introducir la raíz de las plantas jóvenes en agujeros que ellas abrían en la tierra.

Pollito crecía; frisaba ya en los quince años, y la escala del salón señalaba un metro cincuenta y ocho, pero seguía siendo un niño por su inteligencia, ignorante, sencillo, ahogado entre aquellas dos faldas y aquel buen anciano que era de otro siglo.

Llegó un día en que el barón habló de colegio, y Juana se echó á llorar. Tía Lisón, trastornada, permanecía en un rincón sombrío.

La madre respondía:

—¿Qué necesidad tiene de saber tanto? Haremos de él un labrador, un noble campesino. Cultivará sus tierras, como hacen muchos nobles. Vivirá y envejecerá dichoso en esta casa en que, antes que él, vivimos y morire-

mos nosotros. ¿Qué más se nos puede exigir?
Pero el barón movía la cabeza á un lado y otro.

—¿Qué le contestarás si cuando cumpla veinticinco años viene á ti y te dice: «No soy nada, no sé nada por culpa tuya, por tu egoísmo maternal: me siento incapaz de trabajar, de distinguirme, y, sin embargo, no había yo nacido para la vida oscura, humilde y triste á que me ha condenado tu ternura poco previsorá?»

La madre seguía llorando, y decía á su hijo:

—Dime, Pollito, ¿me reprocharás algún día haberte querido mucho?

Y el niño grande, sorprendido, la contestaba:

—No, mamá.

—¿Me lo juras?

—Sí, mamá.

—¿Quieres quedarte aquí, no es eso?

—Sí, mamá.

Pero el barón habló claro y con firmeza:

—Juana, tú no tienes derecho á disponer de esa vida. Lo que haces es cobarde y casi criminal; sacrificas tu hijo á tu felicidad particular.

Ocultó ella su rostro entre las manos, exha-

lando sollozos convulsivos, y balbuceaba en medio de sus lágrimas:

—¡He sido tan desgraciada!... ¡Tanto! Ahora que estoy tranquila con él aquí, me le quitan... ¿Qué va á ser de mí... sola... sola?...

Su padre se levantó, se sentó á su lado, y estrechándola entre sus brazos:

—¿Y yo, Juana?

Su hijo se asió bruscamente á su pescuezo, le abrazó con violencia, y luego, sofocada todavía, articuló en medio de sus sollozos:

—Sí... Tienes razón... Tal vez tienes razón... papáito. Estaba loca; pero ¡he sufrido tanto! Quiero que vaya al colegio.

Sin acabar de comprender lo que iban hacer con él, Pollito á su vez rompió á llorar. Entonces las dos madres, besándole, mimándole, le animaron. Y cuando fueron á acostarse, los tres llevaban el corazón metido en un puño, y solos ya, los tres lloraron largo rato: hasta el barón, que hasta entonces se había contenido.

Quedó decidido que pondrían al joven en un colegio en el Havre; y durante aquel verano fué más mimado que nunca.

Su madre gemía á menudo al pensar en la

separación. Preparó su equipo como si fuera á emprender un viaje de diez años; luego, una mañana del mes de Octubre, después de una noche pasada en vela, las dos mujeres y el barón subieron con él á la berlina, que partió al trote de los dos caballos.

Ya en otro viaje habían escogido su sitio en el dormitorio y su sitio en clase. Juana, ayudada por tía Lisón, pasó todo el día arreglando las ropas en la comodita. Como en el mueble no cabía más que la cuarta parte de lo que llevaban, se llamó á los empleados del colegio para pedirles que lo admitieran, pero no fué posible; llamado el ecónomo, hizo presente que tanta ropa no hacía más que ocupar sitio, sin que hubiera de servir nunca; y en nombre del reglamento se negó á ceder otra cómoda. Desconsolada la madre resolvióse, en vista de esto, á alquilar una habitación en una fonda próxima, recomendando al hostelero que por sí mismo llevase á Pollito todo aquello que necesitase en cuanto el niño le llamara.

Después fueron al muelle para ver entrar y salir los buques.

La tarde triste cayó sobre la ciudad que,

poco á poco, se iluminó. Entraron en un *restaurant* á comer. Ninguno de ellos tenía hambre, y los tres se miraban con los ojos empañados, mientras los platos desfilaban por delante de ellos y volvían casi llenos.

Acabada la comida, encamináronse lentamente hacia el colegio. Niños de todas edades llegaban por donde quiera, llevados por criados ó por sus familias. Muchos lloraban. En el vasto patio medio á oscuras, oíase ruido de sollozos.

Juana y Pollito estuvieron abrazados mucho tiempo. Tía Lisón permanecía detrás, con la cara oculta en el pañuelo, olvidada completamente. Pero el barón, que se enternecía, abrevió la despedida, llevándose á su hija. La berlina esperaba delante de la puerta; subieron los tres, y aquella noche regresaron al castillo.

De cuando en cuando oíase en la sombra un gran sollozo.

El día siguiente se lo pasó Juana llorando. Al otro mandó enganchar el faetón, y se puso en marcha para el Havre. Pollito, al parecer, se había acostumbrado ya á la idea de la separación. Por primera vez en su vida tenía cama-

radas; y el deseo de jugar hacía que se estremeciera en su silla, en la sala de visitas.

Juana volvió un día sí y otro no, y los domingos que eran días de salida. No sabiendo qué hacer durante las clases, permanecía sentada en la vasta sala no sintiéndose con fuerzas ni con valor para alejarse del colegio. El provisor la llamó un día á su cuarto y la rogó que o menudease tanto sus visitas, pero ella no hizo caso de la recomendación, y él entonces la advirtió que, si seguía impidiendo que su hijo jugase durante las horas de recreo, y trabajase, incomodándole continuamente, se vería en la precisión de devolversele; y al mismo tiempo dijo algo de esto al barón. Desde entonces permaneció guardada de vista en el castillo lo mismo que una prisionera, esperando las vacaciones cada vez con más ansiedad que su hijo.

Una inquietud incesante agitaba su alma. Púsose á rondar el país, paseándose sola con el perro *Matanza* durante días enteros, abstraída, soñadora. A veces se quedaba sentada durante toda una tarde, mirando al mar desde lo alto de la costa; otras veces bajaba hasta Iport á través de los bosques, rehaciendo antiguos pa-

seos, cuyo recuerdo la perseguía. ¡Qué lejos estaba, qué lejos, el tiempo en que recorría aquel mismo país, joven, ebria de sueños!

Cada vez que volvía á ver á su hijo, la parecía que llevaba ya diez años de separación. De mes en mes se hacía hombre; ella, en cambio, de mes en mes se hacía vieja. Su padre parecía hermano suyo, y tía Lisón, que no envejecía, marchita desde los veinticinco años, parecía una hermana mayor.

Pollito apenas trabajaba; repitió el primer año; el segundo fué así, así; pero tuvo que volver á empezar el tercero, y al llegar á los veinte años estaba estudiando retórica todavía.

Habíase transformado en un buen mozo rubio, con patillas ya crespas y casi bigotes. Ahora era él quien venía á los *Pueblos* los domingos. Como daba hacía algún tiempo lecciones de equitación, alquilaba un caballo, y en dos horas recorría el trayecto.

Desde por la mañana salía Juana á esperarle con la tía y el barón, que poco á poco se encorbaba, y andaba ya como un viejecito, con las manos á la espalda, como si así quisiera caer de bruces.

Poco á poco seguían á lo largo del camino, sentándose á veces en la cuneta y mirando á lo lejos á ver si distinguían el jinete. En cuanto éste se presentaba como un punto negro sobre la línea blanca, ponía su caballo al galope para llegar como un vendaval, lo cual hacía temblar de miedo á Juana y Lisón, y exaltaba al abuelo que gritaba ¡bravo! en un entusiasmo de impotente.

Aunque ya Pablo era más alto que su madre, pues la llevaba la cabeza, ella le trataba siempre como á un niño, y seguía preguntándole: «¿No tienes fríos los pies, Pollito?» y cuando se paseaba delante de la escalinata después de almorzar fumando un cigarrillo, abría la ventana para gritarle:

—No salgas sin nada á la cabeza, que vas á coger un resfriado.

Y se estremecía de inquietud cuando, ya de noche, montado él á caballo:

—Sobre todo, no vayas tan de prisa, Pollito mío; ten prudencia, piensa en tu pobre madre, que se desesperaría si te ocurriese algo.

En esto llegó un sábado por la mañana y recibió una carta de Pablo anunciándola que no le

esperase al otro día, porque unos amigos habían organizado una partida y le habían invitado.

Durante todo el día del domingo estuvo ella atormentada con la amenaza de una desgracia; el jueves, no pudiendo sufrir más, salió para el Havre.

Sin que pudiera decir en qué, le encontró muy cambiado. Parecía animado, hablaba con voz más varonil, y de repente la dijo, como si fuera la cosa más natural.

—Mira, mamá: puesto que has venido hoy, no iré á veros el domingo, porque vamos á continuar nuestra partida.

Suspensa, sofocada, como si la hubiera anunciado que se marchaba á América, se quedó la infeliz al oírle.

—¡Oh, Pollito! ¿Qué tienes? Dime qué te pasa.

Él se echó á reír, y la besó.

—Nada, mamá, nada. Voy á divertirme con unos cuantos amigos. Eso es propio de mi edad.

Juana no halló ninguna palabra para responderle, y cuando se vió sola en el coche, ideas extrañas le asaltaron. Esta vez no había reco-